LIBRO II. GEÓRGICAS

Beatus Ille..... LXXIX
Exhortación al Trabajo..... LXXXI
A un Labrador..... LXXXVII
Brindis..... LXXXIX
ETAPAS DEL TRIGO
I. El Trigal..... XCIII
II. La Siega..... XCV
III. La Trilla..... XCVII
Cantiga Crepuscular..... XCIX
La Milpa..... CI

OTROS POEMAS

El Invierno de Roma..... CV
Así nació un Soneto..... CVII
A un Pianista..... CXI
El Reloj de Cucú..... CXIII
Las Fontanas de Roma..... CXV
A un Músico..... CXVII
Desde el Palatino..... CXIX
Elogio de las Ruinas..... CXXI
Nox..... CXXV
Gelosía..... CXXVII
El Pescador de Estrellas..... CXXIX
Carmen Carneum..... CXXXI
Noche Buena..... CXXXIII
Pater Noster..... CXXXV
Antífona..... CXXXVI

JUAN B. DELGADO

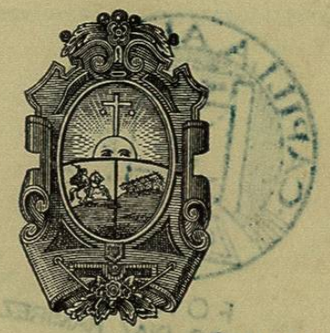
Entre los Arcades de Roma

ALICANDRO EPIROTICO

ALMA VERNACULA

PROLOGO DE DON JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS

(C. DE LA R. ACADEMIA ESPAÑOLA)



MEJICO

Tip. GUERRERO HNOS.-3a. Donceles, 81.

1914

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

A Paquito de la Barrera á quien quiero muy de veras desde que lo conocí en Sanlorenzo su amigo Juan

A MONSEÑOR PAGAZA

(CLEARCO MEONIO ENTRE LOS ARCADES DE ROMA)

México á 28 Sbre de 1914

PROLOGO

Todo humano trabajo, hasta el que tiene por objeto el cultivo de la belleza, necesita dividirse y especializarse para su desenvolvimiento y perfección. Los poetas, a pesar de la patente que les dió Horacio para arrojarse a todo, se reparten entre sí tan metódicamente los dominios del Parnaso, como si se tratase de la aplicación de alguna ley agraria; y cada uno de ellos se consagra empeñosamente al cultivo de su campo, cuidando de no traspasar sus linderos, cual lo hacían los romanos por respeto al dios Términus.

En Méjico, como en todas partes, se han organizado nuestros poetas próceres en espontáneas y variadas agrupaciones; y los tenemos amorosos como Manuel Flores, apasionados como Manuel Acuña, elegantes como Gutiérrez Nájera, tristes como Antonio Zaragoza.

El inspirado y galano autor de esta colección de sonetos, pertenece al gremio de los que bien pudiéramos llamar *naturistas*, porque viviendo en comunicación emocionada con la Naturaleza, beben en ella su inspiración y a ella le consagran todas sus creaciones. Los más conspicuos de sus miembros son: el Sr. Obispo de Veracruz, Othón y Juan B. Delgado. Estos tres vates, que tan bien se entienden, hallan en la semejanza de sus aficiones y de sus gustos, una afinidad especial que los ha hecho aproximarse y profesarse entre s un culto y un afecto muy hondos. Habiéndome cabido la honra de presenciar entrevistas celebradas entre el Ilustrísimo Señor Pagaza y Manuel J. Othón, conozco por ciencia propia cuán grande es el respeto artístico que éste profesa a aquél, y en qué estima tan alta tiene a Othón el Obispo poeta. Me consta, asimismo, que Othón, cuando imprimió sus inimitables "Poemas Rústicos," a nadie confió el manuscrito ni la delicada labor de corregir las pruebas de imprenta, mas que a Delgado. Ahora vemos que éste dedica su «Alma Vernácula» al Sr. Pagaza. Así queda establecida una cadena de admiración y mutuo afecto entre estos tres vates cantores de la Naturaleza.

Delgado tiene hechas sus pruebas y no hay para que decir que es un poeta aplaudido por el público y consagrado por la crítica.

La cualidad dominante de este poeta es la de una gran afinación óptica; es la de una percepción admirable de la belleza. Saber ver es una de las condiciones fundamentalmente requeridas en el artista. Por más paradójico que parezca, no solamente no es común, sino que es altamente singular, esto de *saber ver*. La percepción óptica, considerada desde el punto de vista estético, no consiste sólo en la sensación material producida por la luz en la retina, sino principalmente en la visión interior del espíritu, que magnifica y ennoblece la imagen con el esplendor del ensueño.

Todos miran el cielo, el campo, las montañas, las fuentes y los mares; pero pocos saben cuánto encierran de grande todas esas cosas, ni mucho menos saben escuchar con alma recogida los acentos misteriosos que de ellas brotan, en armonía mística, como de gigante psalterio. El artista percibe el lado hermoso de todos los objetos y sabe sacar belleza de todas partes, hasta de las estepas y de las ruinas; tal como conoce la Naturaleza el secreto de convertir el negro carbón

en fúlgido diamante. Mas hay artistas que alcanzan a ver, pero no a pintar; a sentir, pero no a conmover; a admirar, pero no a comunicar a los demás sus emociones. Contemplan las cosas hermosas con ojos extáticos, suspiran ante ellas henchidos de entusiasmo y echan acaso a volar las alas del ensueño a influjo de aquel encanto; pero las voces de su alma son íntimas y secretas, y se elevan y apagan en el santuario misterioso de su sér, como en desierta catedral perdida en bosque ignoto. Y muertos esos acentos tristemente, sin que se escape uno solo del cerrado claustro donde nacen, son himnos sin resonancia, voces sin eco de almas conmovidas y poéticas, pero mudas y estériles, que pasan por la vida sin comunicar a las otras el fuego de su entusiasmo, ni los delirios de sus iniciaciones divinas. ¡Cuántos de esos poetas obscuros habrá en el mundo, cuyo pensamiento sea un canto sublime, pero hondo y arcano, que sólo escuche el oído de Dios, que está en comunicación con todo lo creado, desde el átomo invisible hasta los soles de inmensa mole! ¡Qué de poemas admirables se habrán así perdido para la humanidad; poemas que, escuchados, habrían hecho vibrar hasta lo más profundo el alma de las generaciones!

Delgado no pertenece a ese número. La afinación artística de sus sentidos le permite no sólo comprender y admirar la belleza, sino también trasmitirla al exterior, envuelta en las galas de su visión interna, y comunicarla a los demás como rica dádiva sacada del regio tesoro de sus emociones. Esa preciosa facultad de ver y de pintar, resalta a cada paso en sus poesías.

El soneto dedicado a "La Cueva del Cedazo" tiene una magia tal, que hace ver al lector un paisaje de verdad, oir el borbotar de los veneros y el rumor de las corrientes, sentir la solemne majestad de la Naturaleza y gozar la frescura de las filtraciones acuáticas, por las junturas del granito, en recónditos sitios. Hay que leerlo y releerlo para tomarle todo su sabor. Después de paladear manjares tan exquisitos como ese, se siente el lector infinitamente reconocido a quien ha sabido brindarle la flor de la belleza, cosechada con arte soberano.

Pero el autor no mira sólo la forma sensible de los objetos, sino que sabe encontrar a través de las líneas y de las tintas que los envuelven, el sentido oculto que guardan en su seno, eso que podríamos llamar su significación esotérica. Del-

gado se halla en comunicación con el alma misma de las cosas, y al hablarnos de ellas, no se contenta con describirnos su forma por cuanto tiene de hermoso, sino que profundizando hasta su misma esencia, nos hace sentir intensamente su arcano significado. Esta es, en mi concepto, la parte más nueva y personal de la obra de Delgado. Hijo del Estado de Querétaro, de esa parte del territorio nacional tan favorecida por variados y pintorescos paisajes y tan célebre en nuestra historia por los hechos trascendentales que se han realizado en su suelo, es esa naturaleza la que canta, son esos paisajes los que pinta, son esos hechos los que indica y rememora en sus brillantes creaciones.

Quien conozca la construcción gigantesca a que se refiere el soneto "El Acueducto" y haya pasado alguna vez en diligencia o ferrocarril, bajo sus arcos colosales, no dejará de sentir la honda verdad de la composición, pues retrata fielmente las impresiones que deja en el ánimo la vista de tan grandioso monumento.

Igual cosa puede decirse del soneto destinado a la descripción de cierta carretera próxima a la misma capital, cuyo nombre fué tristemente famoso durante muchos años en nuestra pasada, aunque no lejana historia.

"La Cuesta China," que tal es su nombre, era en los tiempos de Dios en que viajábamos en diligencia, el terror de trajinantes y viajeros. Lugar de predilección de los bandidos, era allí donde asaltaban carros, coches y recuas, porque a merced de la fragosidad del terreno, podían fácilmente ocultarse, ya para atacar, ya para burlar la acción de la policía. Había diario batallar en aquel sitio fatídico, ya entre pasajeros y facinerosos, ya entre éstos y los gendarmes, al punto que el suelo parecía siempre enrojecido por la sangre y sembrado de despojos y cadáveres. No pocas veces la justicia hacia allí castigos ejemplares y a los más famosos bandidos que caían en sus manos, mandaba colgarlos de las ramas de los árboles; y aquellos frutos de horca permanecían largo tiempo balanceándose en el aire, con gran terror de la gente sencilla que por allí cruzaba.

Honrados campesinos y mujeres piadosas acostumbraban marcar con montones de piedras y cruces rústicas, los lugares donde iban perdiéndose vidas en aquella lucha espantosa. Así se fué poblando la cuesta de hileras no interrumpidas de

cruces, con tanto terror como piedad de las almas delicadas y sensibles.

Todo ese pasado, apenas de ayer, evoca el soneto "La Cuesta China," el cual, en concepto del que esto escribe, es sencillamente admirable, no sólo como miniatura de brillante colorido, sino también como epígrafe histórico, escrito en brioso y austero verso.

Lo mismo puede decirse de la composición intitulada "El Cerro de las Campanas" Lo que en ella dice el poeta, es el monólogo que alza el espíritu a la vista de esa colina célebre. Arida, pequeña, sin belleza ni majestad, parece más singular por su misma insignificancia. Nadie creería que en su cima aplastada y vulgar, se hubiese desenlazado uno de los más sangrientos y trascendentales dramas de nuestra historia. La imaginación nos sugiere que los grandes hechos deben realizarse sobre plintos majestuosos, como los que servían de asiento a las estatuas olímpicas del arte griego; pero la verdad histórica nos enseña que muchas veces la grandeza de las cosas, depende más que de ellas mismas, de los hechos que las han ilustrado. El Olimpo, mansión de los dioses, es una eminencia de pobre aspecto, grande sólo en los cantos de los poetas; y el mismo Calvario,

peana de la Cruz redentora, no era más que una colina pedregosa, poco más alta que una casa de un solo piso.

Mucho más podría decir sobre los sonetos de Delgado; pero sería extravagante escribir un prólogo de mayores dimensiones para una colección tan breve como ésta. Lo dicho, sin embargo, podrá ser suficiente para poner de manifiesto el notable mérito de estos cantos destinados a la tierra queretana. Ahora falta sólo que el público, por medio de su aplauso, confirme mi juicio; cosa que me será singularmente grata, no tanto por amor propio, cuanto por amor a la justicia y por afecto al poeta.

José López-Portillo y Rojas.

Méjico, a 28 de febrero de 1905.